

PRIMER PREMI

Títol: *Nunca me olvides*

No reconozco la persona que tengo ante mí. A pesar de que toco sin parar sus arrugadas facciones, no consigo familiarizarme con ellas.

Extrañamente consigue imitar todos mis gestos, muecas y miradas. Abre la boca al mismo tiempo que yo, e incluso oigo que es capaz de emular mis vociferíos, pero todo esto se me sigue antojando ajeno.

Algún infante ha dejado escrito en el cristal anotaciones desdibujadas sobre tareas y lugares, palabras que a mi parecer han perdido el rumbo, con un rotulador gastado que parece resentirse al final de las mal escritas oraciones.

"No me olvides nunca" consigo leer entre el amasijo de letras. ¿Olvidar el qué? Ya no asocio los significados con las palabras; la gran mayoría me es abstracto, los conceptos se revuelven sin cesar en mi vieja mente y me confunden demasiado, mezclan recuerdos con ensoñaciones, nombres con rostros, actividades con sitios, ...

Los ojos marrones con los que me cruzo están perdidos, desconectados de la realidad, vacíos de memorias y llenos de inocencia. Vuelvo a palparme el enjuto hábito y no rememoro nada nuevo, todo está en blanco, no sé quién es la extraña ante mí ni que es lo que exactamente está haciendo aquí.

Los dibujos que hay en las paredes, las fotografías, los cuadros, no me hablan de ninguna época vivida ni de anécdotas pasadas; continúan impetérritos y silenciosos, mudos, sin siquiera una fugaz chispa de claridad para ayudarme.

No entiendo qué pasa cuando alguien entra en el cuarto y me habla. No comprendo qué dice, ni por qué llora. Me abraza, me besa, me susurra imperceptibles palabras con suavidad. Permanezco inmóvil como una estatua y al no haber reacción, el llanto de ella se agrava. Me preocupo al notarme la cara húmeda, me he emocionado, y levanto la vista con el nombre en la boca, apunto de salir a patadas.

"Martina" balbuceo. Ella sonríe y grita, me achucha contra sí y agarra el teléfono con ansias de llamar, pero para cuando está lista para decírselo al otro interlocutor he vuelto a sumirme en el oscuro y profundo olvido.

Autora: **Mercè CABRERA CEBRIÁN**

16 anys

IES Estany de la Ricarda

Una manzana: 180 gramos, 93 calorías. Admiró la roja pieza de fruta como si fuera una tentación propia de pecado, en la que no debía caer. A pesar de las voces que se debatían en su cabeza, le dio un mordisco. Este resonó, crujiente, en sus oídos. Masticó lentamente, contando cuantas veces: uno, dos, tres, cuatro, cinco... Mientras, intentaba no saborear su saciante dulzor, para evitar perder el control.

Cuando el alimento pasó a ser una masa pastosa, reunió sus inexistentes fuerzas para conseguir tragarlo. Notaba cómo descendía por su garganta, y enseguida se sintió atrozmente disgustada. En su mente se dispararon las alarmas, que comenzaron a cronometrar cuánto tardaría en quemar lo que había ingerido. Aun así, respiró hondo y se forzó a darle otro bocado ante la sensación de vacío en su interior, pero que la comida no iba a conseguir llenar. Repitió el mismo doloroso proceso de manera metódica. Sin embargo, no pudo soportarlo más, le provocaba arcadas y un desmedido rechazo. Ignorando la protesta de su rugiente estómago abandonó la fruta en el mármol de su cocina para precipitarse hacia el lavabo.

Observó su imagen en el espejo: profundas ojeras cubrían su rostro indicando su cansancio ante insufribles noches sin dormir, su cabello despeinado y pobre, sin brillo, su piel pálida que la hacía parecer muerta en vida. Apresuradamente se quitó la ancha sudadera que llevaba hasta en pleno verano, pues su cuerpo no disponía de la energía necesaria para calentarse y siempre sentía su piel fría y sus extremidades entumecidas.

Escudriñó nuevamente su reflejo, en busca de cualquier imperfección. Al principio veía a una frágil joven, casi esquelética, con las clavículas marcadas y las costillas visiblemente realzadas. Poco a poco, su imagen se fue distorsionando ante su mirada, convirtiéndose en su peor pesadilla. Comenzó a agarrar su piel y su “sobrante” grasa deseando poder arrancarla y desgarrarla. Lágrimas rodaban por sus mejillas descontroladamente mientras su vientre se llenaba de arañosos. Lo cierto es que estaba desvariando, pero para ella aquella era su verdadera realidad.

El súbito arrebató la dejó sin hálito, casi sentía como se desvanecía. Su visión se nubló por unos instantes y se apoyó en la pica, que estaba imperceptiblemente más gélida que su tacto. Contuvo la respiración, sabiendo que había llegado la hora de la verdad. Sin dejar de sujetarse, desplazó la balanza de debajo de la cómoda y se subió en esta, que apenas crujió ante su peso.

Mientras la aguja se tambaleaba, o quizá era ella, se fue oscureciendo su vista. Solo tenía que resistir unos segundos más, lo justo para comprobar si había merecido la pena su martirio. Finalmente, se detuvo. Ella sonrió, triunfante, y dejó escapar un suspiro. Después oscuridad. Colapsó, desplomándose sobre las insensibles baldosas, pero con una sonrisa dibujada en sus violáceos labios.

Autora: **Naomí GÓMEZ MORA**

17 anys

Institut Bellvitge

TERCER PREMI

Títol: *El darrer trajecte*

Com molts de vosaltres, al llarg de la vostra vida heureu viscut experiències de les quals heu après i superat amb molt d'esforç i sacrifici. La vida ens alligona constantment i jo n'he patit les conseqüències.

Soc un home de cinquanta-sis anys al qual han acomiadat de la seva feina com a conductor d'VTC, no per fer-la de manera incorrecta ni perquè l'empresa no pogués pagar-me el sou. No és això, no. Ells em van oferir aquest lloc de treball, sent conscients de la meva edat. Porto tres anys duent persones amunt i avall amb el meu cotxe. Duc vestit d'etiqueta amb corbata i mocassins que, per cert, són poc còmodes per conduir. L'educació i el respecte cap als nostres clients és el nostre lema.

No obstant, hi ha gent que no ens vol a les carreteres perquè els fem competència i tenen por que siguem millors que ells. Com que els taxistes són majoria, ens han aixafat com mosques i ara qui busca menjar per sobreviure som nosaltres.

Per desgràcia no vaig rebre l'educació que tenen els joves d'avui en dia. És per aquest motiu, que mai he tingut estabilitat laboral ni un sou digne per viure. Quan vaig començar a treballar, vaig ser un ruc en pensar que cotitzaria i que, quan em jubilés, tot i cobrar una misèria, podria subsistir durant els anys que em quedessin de vida. Sens dubte, aquest final hauria estat idíl·lic.

L'única que m'espera a casa quan torno de treballar és la meva gossa. Quan he entrat per la porta no m'ha vingut a rebre. Aquest fet m'ha fet plantejar diversos aspectes de la meva vida i és per això, que he decidit escriure aquesta carta de comiat. Desconec qui la llegirà però necessito que se sàpiga quin és el motiu pel qual faré el que faré.

He embolicat la meva filla, sí, la considero com a tal, com una filla perquè ho ha estat durant onze anys. Ho he fet amb la seva flassada de color rosa que tant s'estimava i l'he ficat al maleter del cotxe. Ens hem dirigit a un descampat que hi ha a la vora de l'estació de tren de la meva ciutat. Aquí veníem cada cap de setmana a córrer fins que se li acabava l'alè i tornàvem a casa els dos esgotats.

Amb la pala llevaneu portàtil que tinc al vehicle, he cavat un forat suficientment gran perquè hi càpiga la meva gossa. La hi he ficada i en fer-l'hi l'últim petó, m'ha transportat al moment en què la vaig conèixer per primera vegada. Era un animal dolç, juganer, tímid, petitó... Recordo com si fos ahir quan la vaig adoptar.

La terra ha cobert anys d'històries i records. Els sentiments de pena i d'inutilitat m'han conduït on soc. En qualsevol moment, les vies d'acer en les quals estic estirat ara, adoptaran un color rogenc. Com a conseqüència del fred, ja no distingeixo la tremolor del meu cos amb les de les vies del tren que ja s'aproxima.

Autor: **Albert MARTÍNEZ CALANTE**

15 anys

INS Baldiri Guilera